

CHAÑICA  
POR  
MARIANO LATORRE



### CHAÑICA

**N**O supe de Manquitún que en la lengua aborigen quiere decir nido de cóndores, sino cuando el minero francés M. René Laclotte vino a proponerme su compra. Mi padre me lo había dejado, más bien como una formalidad testamentaria que como algo que representase algún valor para mí. El mismo abandonó el horno donde sublimaba azufre a raíz de un pleito costoso con el propietario de unas aguas termales y desde entonces, cámaras, retortas y hornos estaban abandonados. Me decidí a subir a la cordillera y darle a Mr. Laclotte una respuesta.

Junto con los cuatro riscos cordilleranos, un horno de ladrillos refractarios y una casucha de tablas de pellín heredé un piño de cabras y hasta cierto punto al pastor Chañica que permaneció en el rancho cuando todos los obreros bajaron al llano. No eran muchos los detalles que poseía sobre Manquitún. A lo sumo, historias en las cuales mi

atención infantil no se detuvo. Cabras cegadas por la nieve o arrebatadas por el león hambriento o por los cóndores que descendían de sus risqueras inaccesibles en los inviernos nevosos. Chañica, en todas las versiones, era el héroe que defendía al rebaño de cabras, lo único de algún valor que restaba en Manquitún.

Atravesé ríos pedregosos, espesos bosques de quillayes, caminos a medio formar, villorrios arrinconados en los valles, subí montañas. Llegué una tarde de verano a Manquitún. Altos cerros, cuyas cimas empurpuraba el sol del atardecer, encerraban al estrecho cajón. Detuve, acobardado, el caballo que me prestaron en el valle. La noche iba a cerrarse sobre mi cabeza y yo no encontraba vestigios de rancho, de cabras, de cabreros. Una marea azul lamía la base de los cerros y el valle se iba ahogando poco a poco en ella. Seguí el sendero que lo cortaba. Surgido de las piedras mismas un hombre se perfiló a mi paso. Era pequeño, de cenizas barbas: unas cabras, ágiles pelotones blancos, corrían ante él. Seguro de no equivocarme, grité enérgicamente: ¡Chañica!!

La testa bruñida, de rasgos caídos, se levantó al oír mi voz. Apoyábase en un largo palo engarabitado y cuando un quiltro que lo acompañaba gruñó al desconocido, lo espantó con un grito agreste.

Repentinamente sacóse su chupalla. Supuse, por esto, que me había adivinado. La greña blanquinosa se esponjó complacida en el aire. Era su sombrero real, más que la chupalla de rotas alas.

Me apresuré a explicar:

—Soy el hijo de don Jorge y vengo a pasar unos días en Manquitún.

Al oír estas palabras, de un salto estuvo en la tierra y sin decir nada se perdió entre las sombras transparentes y quietas. Asombrado, penetré en el valle en su misma dirección. Escarcha de viva plata estrelló el cielo de verano y en la tierra oscura criquilaban, en rápidas estridulaciones, miles de grillos. La noche cordillerana no era hostil. Algo de acogedor había en estos grillos y en aquellas estrellas melodiosas. Silbó una lechuza en la sombra y enmudeció el encanto. Baló una cabra y el encanto volvió a restablecerse. Un rancho derrengado dormitaba en la sombra. Eché pié a tierra, llevando mi caballo de tiro. No encontré rastros de Chañica. Sentéme en un tronco botado a la orilla del camino. ¡Mal me recibía la heredad paterna! ¿Y Chañica? ¿Qué se había hecho que no aparecía? ¿Así recibía al amo y señor de Manquitún? Recordé, de pronto, cómo los últimos pesos de mi padre se disolvieron en esta aventurada busca del azufre de la cordillera. Decidí, en mi interior, la venta del rincón serrano. Mr. Laclotte, menos idealista que mi padre, arrancaría su tesoro á las solfataras y sería para Manquitún un amo implacable. Se poblaría la montaña de maquinarias modernas. Esclavos suyos serían los cerrucos desagradecidos y rapaces. Oí, de pronto, tosidos de cabras; tosidos ásperos, casi humanos. Chañica no debía estar entonces, muy lejos. No me moví, sin embargo. Estaba dispuesto a todo, incluso a pasar la noche a la intemperie y sin alimento alguno. Un murciélago rozó mi cara y tan leve y tan

sedoso fué el roce que me pareció una caricia de la noche misma. Súbitamente las sombras densas que me rodeaban se destiñeron, tornándose rosadas; un río de luz resbaló sobre ellas. Se perfiló crudo, recortado, el rancho, en este fondo movable de luces y a su lado el torreón en ruinas del horno paterno. Iba a acercarme a las llamas, cuando en el ala de sombra rosada apareció Chañica, acompañado de su quiltro gruñón.

—Unos hualles hay quemao, patrón.

Era una invitación del cerruco.

—Allá voy, Chañica, le respondí familiarmente, porque no recordaba su nombre verdadero.

Y mi desazón desapareció. Ardían los tizones, torcíanse en miriadas de chispas. Lengüecillas vivarachas charloteaban en torno al cabritillo, atravesado en un palo. Las llamas chispeaban en los ojos de las cabras, tersos y límpidos, pedacitos de noche cordillerana.

---

Comimos con apetito. Sabrosa, repleta de jugo, deshacíase entre los dientes la carne tierna del cabritillo. Con los dedos, pero sin vino. Mate sí, sin azúcar, al que me acostumbré a la segunda chupetada.

El pastor ha dejado su actitud agreste. Y su voz opaca, al narrar los cuentos cordilleranos, ha tomado carácter. Agua incolora, corre su voz, sin borbotones y cascadas. Habla de las sierras de Manquitún, donde raras veces hay claridad de sol más de dos horas. Del cerro mismo brotan nieblas espe-

sas y glaciales. Todos sus relatos vienen a dar en estos cóndores viejos que se posan en los riscos y que la bandada de las alturas arrojó por inútiles.

—¿Y en qué se conoce su vejez, Chañica? le pregunto.

—En que no tienen collar, patrón. Son muy pelados y vuelan bajo. Ralazas las plumas del ala. Icen que los güitres nuevos los echan de las güitreras y vienen p'al bajo a olorozar vizcachas y a cazar cabritos recién nacidos. D'eso viven, patrón.

La voz de Chañica tiene un timbre lejano, apagado. Y sus barbas sueltas, como los mechones de los viejos robles, se mueven al impulso de la corriente que el fuego ha engendrado en torno nuestro. La hoguera ha disminuído. La sombra agita de nuevo sus alas negras. Y el viejo pastor, curvado sobre los tizones, con sus harapos destramados y sus barbas ralas, tiene algo de esos cóndores viejos que viven en las risqueras, algo de su trágica mendicidad.

---

He pasado la noche sobre crujientes pieles de cordero, arrebozado en mi poncho frisudo. He dormido poco. Unas ratas chilladoras me despiertan a cada instante. Pasan sobre mí y saltan pesadamente al menor movimiento, pero el alba cordillerana ha purificado mi insomnio.

He resuelto acompañar a Chañica en su vagabundeo por los cerros. Deseo ver alguno de esos cóndores viejos que matan cabritillos y alzan vizcachas en sus garras anquilosadas. Quiero conocer este paraíso bravío, creado por el cabrero iluso.

El mismo ha ordeñado una cabra negra, pero la leche es alba, alba como un nevero.

Hemos caminado el día entero. Ni rastros de cóndores, de vizcachas, de zorros. Muda está la sierra. Por sus vértebras heladas no corren aguas alegres. Los pájaros no suben hasta aquí. En el cielo lejano resbalan nubes pesadas, con una lentitud de viejos lanchones cargados; en las cimas más altas brilla la nieve, fulguran sus millones de cristales unidos en una masa densa. Ni rastro de vizcachas, de zorros, de cóndores.

Sorbo de energía, hemos tomado un ulpo como almuerzo. Las cabras corren, saltan riscos enormes con petulante acrobacia, movido por el viento el colgajo lacio de sus barbas. En el extremo de un peñasco se detienen prodigiosamente equilibradas en el racimo unido de sus patas. Hay una negra, la ordeñada en la mañana, de rara viveza. Barbas y patas desteñidas como un viejo paño. Su mancha de sombra o su balido ronco, ya están en un extremo, ya en el otro del rebaño. Son cabras pequeñas, insignificantes. Hace treinta años que se reproducen entre sí. Apenas dan leche.

—¿Y esos cóndores, Chañica?

El pastor no contesta; pero su mirada vaga, se extiende sobre los cerros como una onda dominadora. Mar de cerros grises, donde las chorreaduras de nieve parecen retazos de una piel gastada. Las piedras no hablan, dormitan en los amaneceres cristalinos, llamean bajo el fuego del mediodía o desaparecen entre los cendales de las nieblas vagabundas. En la rama gris de un roble seco, un aguilucho avizora. Chañica ensaya su honda de

cuero. Silba el pedrusco. Vuela perezosamente el pájaro hacia el barranco.

---

Una mañana llegaron las nieblas. Parecían brotar de los poros de la tierra, de los neveros helados. Eran nubes revolucionadas. Todo desapareció bajo la blanca y callada invasión. No veía al cabrero, a un metro de distancia y la soledad me ciñó angustiosamente. Y comprendí los cuentos con que la imaginación de Chañica llenó su aislamiento. Se me pobló el cerro de seres invisibles. Las consejas del cabrero tomaron cuerpo en mi cerebro. Oí el viento de unas gigantescas alas. No hablé, sobrecogido, mientras las nieblas desfilaron, separándonos de la realidad. Se enrarecieron, de pronto, desgarrándose en el espolón de los riscos; un roto de cielo, azuleó.

Y por algunos minutos todo se detuvo, semejó paralizado. El viejo volvió a la vida, sacudió el rocío de nube que mojaba sus barbas. Las cabras echaron a andar, balando, hacia abajo.

Chañica levantó su bastón hacia las peñas más altas:

—Pú'allí, patrón.

Seguí la dirección del palo sin distinguir nada. Lo ví, poco después: era un borrón negro, inmovilizado en el hueco de un peñasco. Dimos vuelta la roca. Chañica adelante, pegado a las piedras. Sentía el arroyo de pedruscos que desplazaba a su paso y a él cada vez más lejos.



El valle se abrió de golpe, al cruzar la plataforma. Espada de plata, un río partía la negra masa de la selva; sobre ella, la dentadura blanca de los picachos. El viento libre golpeaba mi cara con insistentes ramalazos; en mis oídos silba la canción de las cumbres.

Nos envolvió, de improviso, una ráfaga más viva, casi sólida. Sobre el viento, pasó el cóndor vertiginoso, imponente. Planeó hacia el valle y se fundió en el muro de sombra azul proyectada por los cerros. No supe si era viejo o nuevo. No ví si sus timoneras raleaban o si de su cuello real habían caído las plúmulas blancas, como esquirlas de nieve en primavera. Tan ágil y juvenil me pareció su vuelo en el cristal lavado de la mañana.

Chañica me habló de él:

—Este llegó nu'hace mucho. Hay otro, en los riscos del otro lado, pero no lo iviso hace tiempo. El finado mi paire, que vivió aentro de la serranía, mi'icía que cuando no tienen comía los cóndores viejos se elevan pa'arriba, p'arriba, y cierran las alas, es que y, di'ay se matan en las pieiras.

Al pié del peñasco donde estuvo el cóndor, señaló una vizecha que tomaba el sol después del paso de las nieblas.

—Ya la tiene cachá, me dijo. Vuelve hueitito.

En efecto, el cóndor entró en el cajón de nuevo. Su sombra, un óvalo desteñido, corría dando saltos enormes, escondiéndose a ratos y apareciendo a largas distancias. El silbar de sus alas dominaba el viento. Su sombra, agrandándose, nos cubrió un segundo. Lo vimos golpear las alas en las piedras para elevarse en seguida: en sus patas pal-

pitaba un pelotoncito gris; y en el viento, se balancearon unas plumillas semejantes a los vilanos de los cardos. Se perdió detrás de una loma.

—Agora encontró comía, dijo el cabrero compasivamente.

Las cabras se habían espantado al ver a su enemigo. Descendían, a grandes saltos. Chañica las trataba de reunir con largos y roncós juuús. A veces, la piedra de la honda detenía a una que se había apartado del piño, pero al juntarse en la falda, el grupo habíase ya cohesionado. Los nerviosos cuerpos tomaban contacto; chocaban los cuernos con seca sonoridad y los blancos rabos giraban enloquecidos. El chivo tomó la cabeza del rebaño.

---

Habíame acostumbrado a la vida cordillerana. Mis cueros de cabra, a pesar de su dureza y su mal olor, me eran familiares y queridos. El viento que, al quebrar el alba, bajaba de las cumbres, no me hacía tiritar; era, al contrario, como un cordial hecho de piedra y de alba. El bee largo, sensual, de los cabros bajo los claros de luna no me despertaba de mi sueño; ni las nocturnas ezcaramuzas de las ratas cordilleranas, ni la greguería de las diucas entre los boldos y los maquis.

Tampoco habría podido dormir en las piezas del rancho. En una brotaba una vertiente; en la base del muro de la otra, en un hueco, se había instalado una colmena silvestre. Durante el día, las abejas entraban como balas de oro por las ventanas sin marco. Allí estaba, en un capacho colgado de

las vigas, la provisión de trigo de Chañica: el objetivo de las ratas.

Observaba en mí un cambio curioso. Mi sensibilidad se ensordecía, mientras mis músculos convertíanse en piedra. Mis ojos, agudizados, descubrían inusitados matices en todas partes. Volvía la cabeza con recelo a cada movimiento, a cada ruido insólito. El vuelo de los pájaros, los merodeos astutos de los zorros y las huellas de los venados constituían mi preocupación habitual. El alma de Manquitún había penetrado en mí.

Acababa de decirle a mi cabrero a qué había venido a la sierra. Tornóse mudo y hostil y entonces comenzó a prender en mí la desconfianza. Nos sorprendíamos observándonos como si temiéramos el uno del otro. Seguía con pavor el silbido de su honda en los cerros o despertaba sobresaltado, en la noche, cuando Chañica se levantaba a avivar la hoguera de hualles.

Como no volví a ver cóndores en los cerros, me imaginé que su astucia le había sugerido la leyenda de los cóndores viejos, expulsados del nido, para infundirme compasión y alejar el peligro que una nueva explotación de las solfataras traería para él. Defendía sus cabras degeneradas, sus desabridos quesillos, la burda harina, molida a piedra, de los ulpos mañaneros.

Un día no lo acompañé a los cerros. Ensilé mi caballo y bajé cinco leguas, hacia un cajón más abrigado, por la margen del Manquitún. Vivía allí un cerruco viejo, propietario de algunas cuadras de cerros y que fué amigo de mi padre. A la orilla del torrentoso río había instalado un molino y mo-

lía a maquila el escaso trigo de los vecinos. Parecíase bastante a Chañica y a los demás cerrucos, pero había una diferencia. Los rasgos de Chañica se desplomaban en trazos alargados y los del viejo recojíanse en torno a sus ojos como los de un aguilucho.

—Yo ecía que su mercé no poiría vivir onde el Chañica qu'es pior que zorro. Ese nu'ha conocio cama nunca, agregó con una risita burlona.

Vi bien que mi cabrero no gozaba de la estimación de don Riquelme y su familia. Le envidiaban la posesión de Manquitún, del piño de cabras, del pequeño trigal de la falda que, según el testimonio de oña Tato, la mujer, había trillado él mismo en el rancho.

—Ei tuvo el tonto too el verano, pisando trigo como yegua.

Y el marido agregaba con la dañina intención de indisponerme con el pastor.

—El negocio e cabras es lo más proutivo. Los quesos tienen güen precio en las Termas, su mercé.

Al preguntarle qué hacía Chañica con el dinero ganado, me explicó:

—Es lo más agarrao que'hay. Antes que fuese mozo del finao su paire lo mentaban el «Tripa Rota», porque con ná se contentaba. La plata l'ha de tener en el monte, ebajo e una pieira.

Y la vieja insinuaba socarronamente:

—Lo que li' hace falta a su mercé es un hombre conecedor del trabajo de campo, porque ha de saber su mercé que Manquitún ha sido tierra productora de un too: chacra, trigo, güen pasto de veraná. ¡Y agora todo anda botao!

Pero se miraron con recelo cuando les conté que pensaba vender a un ingeniero francés el horno, cuyos ladrillos veía a mis piés, formando la hoguera familiar.

On Riquelme tosió, primero; chupó su cigarro luego y me dijo:

—Icen por ai, que toas las bocas di'azufre si'han tapao esti'año en el volcán; y el rico e las Termas no ejará la pasá a los mulares, lo mesmo que cuantu'há, en tiempo del finao su paire.

—El pleito lo ganó mi padre, on Riquelme, le repliqué; y la pasada tendrá que darla el concesionario de las Termas.

—Así ha de ser, su mercé. Yo no igo ná, asintió cazurramente.

---

Volví a Manquitún quince días más tarde. Estaba resuelto a vender la heredad paterna, si no los cerrucos terminarían por llevarse hasta las piedras del camino. Si antes no lo habían hecho era por el pastor que lo defendía considerándolo suyo. Me hice la promesa, sí, de dar a Chañica las cabras y de rogar a M. Laclotte que le dejase los cerros para vivir. Llegué al rancho al atardecer. Las sombras azules escondíanse ya en los rincones del cajón, en acecho de la noche. Sonrosábanse los picachos descarnados. Como en el primer día, me senté en el tronco de roble, cerca de la casa. Allí iba a esperar al cabrero para comunicarle mi decisión. Apenas las sombras saliesen de sus escondrijos, aparecería con sus cabras y su perro en

el abra del cajón. Un instante, al ver el horno derruido casi, recordé a mi padre y su alta figura nerviosa. Se enderezaron las tablas desplomadas del rancho. Se pobló de rumores el lugar. Quizá las ratas campesinas, a cuyos chillidos el silencio daba un prodigioso relieve, me ayudaron a la evocación. Terminé por ir a observarlas. Me quedé estupefacto al asomarme a las cercanías del horno. Pasaban las ratas sobre un enorme cóndor tendido en el suelo. Ágiles, presas de irritante excitación, buscaban un hueco, entre las plumas lustrosas, donde hincar sus diente-cillos voraces; y el ala enorme, vencedora del viento, se agitaba a ratos como en un amago de vuelo. Apretadas como un puño recogíanse sus garras grises. A un movimiento mío, huyeron las ratas en todas direcciones. Y se destacó sobre la tierra la inercia del cóndor muerto. La roja cabeza apoyábase en el codo del ala. No tenía collar, pero blanqueaban algunas plúmulas en su cuello rojizo. Opaco era el negror de su plumaje, de ralas timoneras. Era, quizá, uno de esos cóndores viejos de que hablaba el cabrero; pero ¿cómo había llegado hasta allí? ¿quién lo había arrastrado hasta las cercanías del rancho?

Entre los cóndores viejos que, cerrando sus alas cansadas, se azotaban contra los riscos y Chañica, encontré de nuevo un lazo común. Uníalos el mismo destino.

Una nueva decisión se afirmó entonces en mí. Mientras yo viviese, Manquitún seguiría igual. M. Laclotte no vendría a perturbar la vida de los cóndores viejos con sus máquinas y su actividad de hombre moderno. Los ladrillos del horno irían des-

prendiéndose poco a poco hasta desaparecer entre las piedras de la cordillera o en los fogones de los cerrucos, descendientes del cobrizo hombre del pehuén. No pensé que Chañica muriese algún día. Lo creía eterno como las piedras y las nieves.

Entrada la noche, sentí el tropel de cabros que penetraban al corral. El quiltro gruñó a la sombra del hombre y del cóndor. Oí la voz del cabrero que lo amenazaba. No se acercó a mí. Nos cubrió, como una urna, el aire de las alturas, espolvoreado de estrellas. Advertí, tal era el silencio, el burbujeo de la vertiente dentro del rancho. Y como en la tarde que llegué a la sierra, la hoguera de hualles barnizó las sombras, azoró a los cabros y borroñeó el rancho de caídas tablas. Chañica, como entonces, me ofreció la primicia del fuego cordillerano.

—Patrón, hay quemao unos hualles.

—Allá voy, Chañica.

Nos unió una vez más el tibio abrazo del fuego. Las llamas aferrábanse angustiadas a la negra masa de sombras, para esconderse, heridas de muerte, en su caparazón de oro. No hablamos. Yo pregunté al largo rato:

—¿Y ese cóndor, Chañica?

—En las pieiras, allá arriba, lu'hallé, patrón.

Y tornamos a callar. Volví a oír el chillido de las ratas que se acercaban al cóndor. Gruñó el perro. El chivo baló largo, ronco. El cabrero dió vuelta al cabrito que las llamas doraban poco a poco.

—Chañica ¿sabes?

Su cara larga, desplomada, como la de un peni-

tente, se levantó con lentitud. El aire de los cerros movió sus barbas sueltas.

—No venderé el horno, ni la tierra, ni nada. Aquí te quedarás, Chañica, para siempre.

No respondió. Sus manos negras y nudosas, como garras gastadas apretaron nerviosas el aza-dón. Cortó un pedazo de carne y me la ofreció en su cuchillo. ¡Sabroso, más que nunca, el cabritillo que se deshacía entre los dientes como una masa tierna!

Arregló los cueros junto al horno como bajo el tejadillo de tablas. Al arrebozarnos en nuestro poncho, habló desde la sombra:

—¡Dios se lo pagará, patrón!

Y el alma de Manquitún, tranquilizada, se arrojó de silencio estrellado. Las ratas, sin embargo, no terminaban su festín de cóndor.